

## Psicología Clínica en la Posmodernidad: Perspectivas Desde el Construccinismo Social

### Clinical Psychology in Postmodernity: Viewpoints from Social Constructionism

Juan M. Molinari  
Universidad Nacional de Mar del Plata

El propósito de este artículo es analizar el efecto de la crítica posmoderna sobre los fundamentos de la psicología clínica. Se definen los supuestos básicos por los que ha avanzado la psicología clínica de la modernidad: los relatos o metáforas acerca de la naturaleza humana que, en las postrimerías del siglo XIX, surgen acompañando el nacimiento de la disciplina psicológica. Es examinada la influencia que sobre estos supuestos básicos tiene el debate epistemológico inaugurado por la posmodernidad. El marco epistemológico que sustenta el desarrollo de estos temas es el construccionismo social. Por último, y a modo de conclusión, se mencionan algunas áreas dentro de la psicología clínica en las cuales parece justificado esperar progresivas modificaciones.

The aim of this paper is to analyze the consequences of the postmodern criticism on the grounds of clinical psychology. The basic assumptions of modern clinical psychology are traced: the relates or metaphors about human nature that enclose the arising psychological discipline, on the latest nineteen century. The influence of the postmodern epistemological debate on these basic assumptions is examined. The frame of this discussion are the premises of social constructionism. Finally some areas within clinical psychology in which it is possible to expect modifications are described.

Desde sus orígenes el conocimiento humano ha estado orientado al dominio del mundo, en su doble vertiente de producción de un saber acerca de él y de construcción de herramientas para su modificación. Así, los antiguos griegos distinguían entre *episteme* o saber puro y *techné* o arte práctico; y también diferenciaban la *theorein* o contemplación de la *praxis* o actividad dirigida al cambio. La ciencia aspira a entender el mundo, mientras que la tecnología proporciona herramientas para modificarlo. Entre el saber puro y las herramientas de intervención que se le derivan se encuentra la ciencia aplicada, una suerte de puente que comunica ambos reinos (Bunge, 1999). Y aunque se ha puesto en duda el carácter continuista y deductivo de estos ámbitos —ciencia básica, ciencia aplicada y tecnología—, sobre todo en el campo de las ciencias sociales (Ibáñez & Iñíguez, 1996), resulta claro que hay un hilo conductor que permite pensar en una cierta correspondencia entre los rasgos de la realidad y las herramientas que se elaboran para intervenir en ella.

En el campo disciplinar de la psicología, el conocimiento de la mente humana ha dado lugar al

surgimiento de tecnologías cuyo propósito es la modificación de la conducta, entendida ésta en sentido lato. Sabemos, además, que las teorías psicológicas básicas y aplicadas y las psicotecnologías no son entelequias ajenas a su nicho social. Son influidas por la dinámica de la sociedad en la cual fueron creadas, y afectadas por un conjunto de factores extracientíficos: la cultura, la economía, la política. En síntesis, las teorías psicológicas y las psicotecnologías son hijas de la historia (Vilanova, 1995a). Así, en el curso de la historia de la psicología se han sucedido diferentes modos de comprender ese objeto complejo que es el hombre. La psicología ha producido —de acuerdo a distintas *weltanschauungen*— diferentes modelos de hombre, los que a su vez han alimentado la creación de diferentes psicotecnologías.

La epistemología no es la excepción a la regla, ya que la manera en que se entiende el proceso de construcción del conocimiento científico se encuentra afectada por variables epocales. Desde posturas continuistas y acumulativas hasta posiciones rupturistas; desde quienes adscriben al realismo hasta quienes sostienen tesis idealistas; desde postulaciones de la verdad como correspondencia hasta afirmaciones del carácter intersubjetivo y pragmático de los asertos científicos, la epistemología ha pre-

---

Juan M. Molinari, Facultad de Psicología.

La correspondencia relativa a este artículo deberá ser dirigida al autor, Funes 3350, (7600) Mar del Plata. Fono: 0223-475-2266. E-mail: molinari@educ.ar

senciado una serie de enfrentamientos que necesariamente inciden en el modo en que los científicos hacen ciencia. Tanto más en disciplinas como la psicología, que en diversas latitudes ha mostrado una escucha particularmente receptiva del debate epistemológico. Los modos de construir teorías psicológicas, los supuestos básicos acerca de la naturaleza humana que fundamentan las teorías psicológicas, y las herramientas para modificar la conducta apoyadas en aquellos supuestos básicos y teorías, entonces, han sufrido y sufren periódicamente profundos cambios relacionados con diversos factores, científicos y extracientíficos.

El momento actual, además, es fértil en cuestionamientos sobre la ciencia psicológica. El embate posmoderno ha atacado todo aquello investido con el aura de lo indubitable. En la arena de la ciencia psicológica, también ha problematizado certezas relativas a la naturaleza humana, las maneras de influir sobre ella y las consecuencias de todo esto en la sociedad y la cultura. El tema que me interesa tratar en este artículo tiene que ver, justamente, con la manera en que han sido cuestionadas algunas certezas en la psicología. En efecto, la epistemología de cuño posmoderno ha releído la relación entre ciencia y tecnología, y ha añadido una visión crítica del rol social y político de estas actividades a una novedosa definición de las pretensiones de validez de dichos ámbitos. Por otro lado, es esta misma epistemología la que ha prestado especial atención a las raíces sociales de la ciencia y la tecnología, y la que ha afirmado con más premura su carácter histórico. Por todo ello, resulta claro que la ciencia psicológica requiere una exégesis que atienda a estos dos tópicos. Y la requiere, en especial, en el ambiente de la psicología argentina, en el que el análisis epistemológico encuentra dificultades para plasmarse en una reformulación de las líneas directrices de la disciplina, y muchas veces queda confinado a un ejercicio especulativo y meramente verbalista (Vilanova, 1994).

En primer lugar, entonces, me interesa definir las grandes avenidas por las que ha avanzado la psicología clínica de la modernidad: las metáforas acerca de la naturaleza humana que, en las postrimerías del siglo XIX, surgen acompañando el nacimiento de la disciplina psicológica. Delimitaré las tres grandes tradiciones en psicología clínica, y comentaré dos de sus supuestos epistemológicos básicos: la posibilidad de definir la naturaleza humana y la posibilidad de orientar la conducta de los pacientes en base a criterios terapéuticos. Procuraré, también,

reseñar brevemente las críticas que se han dirigido a estas premisas. En segundo lugar, quisiera analizar la influencia que sobre estos supuestos básicos ha tenido –y tiene– el debate epistemológico inaugurado por la posmodernidad. Me acotaré en especial a estos tres puntos: la crítica al esencialismo de los constructos psicológicos, la textualización de la psicoterapia, y las implicancias axiológicas y políticas de la praxis psicoclínica. El marco epistemológico que fundamentará el comentario de estos temas será el construccionismo social. Por último, y a modo de conclusión, me gustaría mencionar algunas áreas dentro de la psicología clínica –aquellas más tocadas por la citada controversia, en las cuales parece justificado esperar progresivas modificaciones.

### El Influjo de la Modernidad: Tres Tradiciones en Psicología Clínica

En la primera parte de sus *Contribuciones a la psicología clínica*, Alberto Vilanova (1993) enumera las metáforas o imágenes que –a lo largo de la historia de la psicología– han servido para aproximarse al estudio del hombre. En efecto, la complejidad de este objeto conduce a quienes lo estudian a plantear analogías que tornen familiar la cuestión de la conducta humana. Analogías de gran poder heurístico, que equiparan al hombre con un animal, un organismo, un niño o una máquina, y que aún hoy subyacen en las teorizaciones acerca del psiquismo humano. Todas ellas, en última instancia, remiten a la dicotomía naturaleza-cultura, y a la pregunta que históricamente ha motivado más esfuerzos investigativos por parte de los psicólogos: ¿es la construcción de nuestro psiquismo un hecho sociocultural o natural?

Y estas metáforas no son creaciones fortuitas o casuales. Se fundamentan en cuerpos teórico-doctrinales que las anteceden, y que compaginan elementos provenientes de la filosofía. Estos cuerpos teórico-doctrinales que sustentan modelos o imágenes del hombre constituyen verdaderas tradiciones, esto es, conjuntos de saberes más o menos sistematizados que conjugan visiones científicas y no científicas de la naturaleza humana. Tradiciones, también, en el sentido gadameriano, ya que legitiman la utilización y el sentido de un lenguaje acerca del objeto –en este caso, el hombre (Gadamer, 1991).

Disponemos de diversas sistematizaciones de estas tradiciones. Así, en un sentido geopolítico de la psicología, podemos distinguir una tradición cen-

tro-europea contrapuesta a una anglo-americana (Vilanova, 1995b). Si atendemos a la filiación profesional de los protagonistas de la historia de la psicología, podemos hablar de una tradición médica y de una tradición propiamente psicológica o académica, también contrapuestas (Vilanova, 1990, 1995c). Y si prestamos atención a los antecedentes filosóficos de las teorías psicológicas, estaremos en presencia de las tradiciones científico-natural, clínico-observacional, y fenomenológico-existencial (Vilanova, 1993).

La tradición científico-natural es heredera directa del empirismo inglés. Ambientalista y sensualista como este último, propugna un modelo de hombre pasivo y controlado por el entorno, y a quien puede estudiarse del mismo modo que se estudia a los organismos inferiores. En efecto, el método experimental para el estudio de la conducta humana y la extrapolación al hombre de los hallazgos experimentales obtenidos con animales son dos rasgos típicos de esta tradición, férreamente positivista en sus premisas. De aquí surgen los diferentes conductismos, y –luego de extensas e intensas crisis paradigmáticas– la psicología cognitiva (Pozo Municio, 1994). La tradición científico-natural se superpone a la tradición psicológica mencionada más arriba. Efectivamente, en sus inicios se trataba de la psicología hecha por psicólogos en el ámbito de las universidades norteamericanas.

La tradición clínico-observacional es de raigambre asistencial, y por ello es equiparable a la tradición médica –es decir, la psicología hecha por médicos en base a las experiencias clínicas en instituciones de salud o el consultorio privado. Recoge aportes filosóficos del romanticismo y el idealismo alemanes, y también del positivismo y la neuropatología francesa. Ernesto Sábato (1996) comenta esta conflictiva mixtura, y destaca, respecto de Freud –el héroe conspicuo de la tradición clínico-observacional–, su carácter de genio bifronte, ya que aunaba la pasión por lo oscuro y subterráneo propia del romántico con la actitud científica del positivista. Lo que es aplicable al padre fundador podría serlo también para algunos de sus sucesores. Esta tradición, sostenedora de un modelo víscero-cortical del psiquismo humano, es la cuna de las distintas escuelas de psicoanálisis.

La tradición fenomenológico-existencial recibe los aportes de la fenomenología husserliana y de los distintos existencialismos europeos. Aquí, las contribuciones de Buber, Heidegger, Kierkegaard, Sartre y otros existencialistas confluyen en la construcción de

un modelo de psiquismo autoimpulsado y libre de las determinaciones del ambiente y del pasado. La tradición fenomenológico-existencial es el origen de la psicología humanista y de todas las psicologías que pertenecen a lo que Maslow denominó la *tercera fuerza*, opuesta tanto al psicoanálisis como al conductismo (Maslow, 1987). Es, desde el punto de vista geopolítico, una tradición centro-europea –al igual que la clínico-observacional– que se coloca en las antípodas de la manera de entender al hombre propia de la tradición anglosajona. Cabe destacar, de todos modos, que la tercera fuerza en psicología se desarrolló principalmente en el ámbito académico norteamericano –aunque nutrida, como se dijo, del basamento filosófico europeo.

Si hasta aquí he remarcado diferencias, quisiera ahora hallar similitudes. Visiones del hombre tan contradictorias, que han auspiciado acaloradas reyertas académicas –verdaderas batallas (Watson, 1972)– deben, no obstante, poseer atributos que las distingan como hijas de la modernidad. ¿Cuáles son los rasgos que hacen que estas tradiciones se inscriban de lleno en el *ethos* moderno? ¿Qué características comunes hacen de estas maneras de entender la mente afluentes de una psicología de la modernidad? Considero que uno de los rasgos característicos de la psicología de la modernidad es justamente pensar –y confiar– en la posibilidad de construir un modelo del psiquismo, una imagen o representación que se ajuste realmente a la naturaleza humana. Estos modelos implican una reducción, o, por lo menos, una valoración excesiva de un rasgo del hombre en detrimento de otros. Ya a fines de la década del '40 Gordon Allport clamaba por una psicología no reduccionista, que considerara al hombre como un todo, y que no quedara acotada a chillidos, chirridos o berridos (Allport, 1984), sonidos propios de animales, máquinas y niños.

Estas metáforas rivales –el papel en blanco del empirista, la mónada autoimpulsada del racionalista, el hombre lobo del hombre del psicoanálisis u otras– se construyeron en la creencia de que verdaderamente reflejaban la esencia del hombre. Y la fe moderna en el progreso del conocimiento disponía que luego de un cierto tiempo signado por el enfrentamiento escolástico y la contrastación, sobreviviera aquel modelo que más se ajustara a la realidad. Sin embargo, aquí se presentan algunas cuestiones. Primeramente, la cuestión acerca de la definición de la esencia del hombre. ¿En qué consiste aquello que denominamos *naturaleza humana*? ¿Cómo podrá definirse objetivamente este concep-

to, tan fácil de enunciar pero tan difícil de precisar? Blanda arcilla para las improntas del ambiente; receptáculo de instintos o pulsiones en conflicto con la cultura; procesador lógico de información o autorrealizador de potencialidades innatas, no podría decirse, sin embargo, que ninguna de estas versiones de la naturaleza humana agote aquello que pretende definir. Además, algunas de ellas han sido enunciadas –o podrían enunciarse– investidas de una cierta autoridad, muchas veces para legitimar acontecimientos o condiciones propias del orden social y político o para imponer normas o parámetros éticos, circunstancia por la cual han sido reiteradamente impugnadas (Reicher, 1997; Spears, 1997). Bastarían como ejemplo la utopía de Skinner, reminiscencia de falansterio y de república platónica (Skinner, 1982), o la comunidad de Los Horcones, inspirada en el condicionamiento operante.

Por otro lado, y en estrecha relación con el punto anterior, resulta claro que definir la naturaleza humana deja abierto el camino a la identificación de aquello que no lo es, y permite establecer diferencias entre seres humanos. Los fundamentos de estas diferencias pueden ser científicos, mientras que sus aplicaciones son notoriamente políticas. Un ejemplo interesante, citado por Foster (1998), muestra cómo dos estudios de personalidad de la época de la Segunda Guerra están saturados de ideología. El psicólogo nazi Jaensch había construido el tipo *S* de personalidad, que abarcaba a las personas de características irracionales predisuestas a adoptar una ideología liberal; del lado americano, Frenkel-Brunswik postulaba el tipo *J* de personalidad, que abarcaba a las personas de características irracionales predisuestas a adoptar una ideología autoritaria. Para ambos investigadores, la orientación política podía deducirse de los estados mentales, y los estados mentales cobraban sentido de acuerdo a supuestos básicos acerca de la naturaleza humana. Lo que en Alemania era considerado normal, al otro lado del Atlántico era señalado como anómalo –y, por supuesto, viceversa.

En tercer lugar, hay hoy cierto consenso en afirmar que hablar de la naturaleza humana no hace otra cosa más que crearla, por efecto iluminativo o función generativa de las teorías (Ibáñez, 1996; Ibáñez & Iñíguez, 1996). Esto es, el solo hecho de presentar discursivamente la cuestión posee efectos –permítaseme el neologismo– ontologizadores: comienza a existir la naturaleza humana desde el momento en que se la nombra. El reverso de este rasgo es afirmar que no hay un referente empírico

del constructo naturaleza humana, ni posibilidad de lograr una regla de correspondencia entre dicho referente y el lenguaje. Buenos ejemplos de la construcción de entidades a partir de su enunciación aporta Kenneth Gergen en su volumen *The saturated self* (1991), aunque me gustaría citar un hecho que compromete una de las tareas más frecuentes del psicólogo clínico: la clasificación de entidades nosológicas. Comenta David Rappaport (1977) que la prestigiosa *American Psychiatric Association* decidió, en los primeros años de la década del '70 y por voto de sus miembros, que en adelante la homosexualidad no debía ser considerada una enfermedad. ¿En base a qué criterios se consideró previamente que la homosexualidad era una enfermedad? ¿Se utilizaron criterios científicos objetivos para clasificar un cierto tipo de conducta o fue el discurso de un colectivo aquello que construyó a la homosexualidad como evento “patológico”? Resulta evidente que lo que llamamos un observable emerge en realidad del horizonte del discurso, por expedientes tan extracientíficos como el voto de los miembros de una corporación académica. En este sentido, Wyile y Pare (2001) señalan que la más conocida y utilizada clasificación de enfermedades mentales –el *Statistical Manual of Mental Disorders* (DSM)– debiera ser tomado más como un registro saturado de valores de los estilos de comportamiento contemporáneos que como un espejo de la realidad.

Otro rasgo típicamente moderno de la psicología clínica es articular sus prácticas en torno a una idea de versiones de la realidad jerárquicamente ordenadas. Los procesos terapéuticos consistirían en una sustitución gradual del discurso del paciente por el discurso del terapeuta (Villegas, 1992), donde el primer discurso es inadecuado, patológico o inauténtico y el segundo tiende a la adaptación, la salud o la autenticidad. Y esta jerarquización de los discursos denota una cierta proximidad del discurso del terapeuta a una supuesta verdad práctica. En efecto: este discurso, por mor de su saber y experiencia, está capacitado para descubrir, en la trama de los indicios aportados por el paciente, el camino hacia la versión más objetiva de la realidad. En otros términos, si el discurso del paciente es regresivo, el del terapeuta es progresivo, ya que permite al primero evolucionar desde una posición definida como desfavorable hacia otra definida como favorable. Un buen ejemplo de esta opinión es presentado por Collier (1998), en un comentario de un fragmento de sesión transcrito en el libro de Laing y Esterson

*Sanity, madness and the family* (1970). En dicho fragmento de sesión, los padres de una paciente esquizofrénica intercambian entre ellos una serie de señales gestuales que operan reforzando su complicidad en contra de la hija, mientras que ésta no logra percibir el significado de estas señales, o lo distorsiona con el fin de construir una visión irreal de la relación familiar. Para el observador hay una ruptura o fragmentación en esta relación, mientras que para los protagonistas existe integración y continuidad. Collier apunta, desde una perspectiva epistemológica realista, que ambas versiones de la realidad (la del terapeuta y la de la familia) están en desacuerdo, pero que el criterio de decisión pertenece al terapeuta. Es evidente que la actividad clínica coloca al terapeuta frente a una multiplicidad de “verdades” (Merttens, 1998, p.60), pero ¿qué actitud debe asumir el terapeuta? El punto no es tomar partido por ninguna posición dentro de la familia, sino tomar partido por la verdad misma, y aquí el lugar de observación del terapeuta es jerarquizado. Lo que algunos pacientes precisan, agrega Collier, no es un terapeuta, sino un epistemólogo realista.

Sin embargo, el camino hacia la verdad patrocinado por la psicología clínica de la modernidad –por lo menos, hacia la verdad práctica en la terapia– parece ser asintótico. Así como resultaba engorroso definir la naturaleza humana, resulta problemático en la psicología clínica plantear un rumbo verdadero que opere como criterio de la sustitución gradual del discurso del paciente por el discurso del terapeuta. En el primer caso nos encontramos ante una de las *ingenuidades* de la psicología: separar la realidad del conocimiento de la realidad (Ibáñez, 1993), hallando una naturaleza humana donde sólo hay lenguaje performativo. En el segundo, estamos en presencia de lo que Todd y Wade (1994) denominan *psicolonización*, término que pretende vehiculizar la imagen de un terapeuta que invade territorio foráneo, al tiempo que blande la biblia del conocimiento psicológico.

Para finalizar este tema, quisiera comentar la relación de estos rasgos modernos de la psicología clínica con otras premisas de la modernidad, tal como las plantea Kenneth Gergen (2000a): la importancia central de la mente individual, el carácter objetivo del mundo y el lenguaje entendido como portador de la verdad. Efectivamente, la naturaleza humana tal como es definida en las tres tradiciones se encarna en el individuo. Tanto la mente del empirista –receptora de las impresiones oriundas del entorno– como la postulada por el racionalista –sede de las ideas innatas–

requieren el expediente moderno del concepto de individuo. La mente individual con sus facultades será así, desde el mítico inicio wundtiano, el objeto de estudio de la naciente psicología (Gergen, 1997a). Por otro lado, se asume que esta mente individual puede conocer su entorno, que existe fuera e independientemente de ella. Puede, entre otras cosas, objetivizarse a sí misma y producir teorías psicológicas. Y puede producirlas mediante la utilización de una herramienta de importancia: es el lenguaje el que portará los significados generados por la mente, y el que permitirá compararlos con el último juez –la realidad– y determinar su verdad o su falsedad. Asumir un estado objetivo de las cosas y asumir que éste es representable permite discriminar entre versiones de la realidad correctas o erróneas, y permite –como apunta Collier (1998)– tomar partido por la verdad. Vemos así cómo se articulan estos supuestos modernos asumidos por la psicología clínica. A continuación exploraremos cómo el surgimiento de una nueva tendencia en epistemología pone en aprietos a la psicología clínica de la modernidad.

### Una Psicología Clínica Post-Tradiciones: El Aporte del Construccionismo Social

Un artículo de Tomás Ibáñez –académico enrolado en las filas del construccionismo social– tiene por título una pregunta: ¿Cómo se puede no ser construccionista hoy día? (Ibáñez, 1992). En esta pregunta retórica late, en realidad, una suerte de reclamo. Es como si el autor reflexionara acerca de una corriente de pensamiento que ha demostrado con creces sus cualidades, pero que sigue siendo rechazada o ignorada. En efecto, sostiene Ibáñez que el construccionismo social –que en rigor no es homogéneo, ya que son muchos los astros que brillan en la “galaxia construccionista” (Ibáñez, 1996)– ha argumentado con eficacia en variadas cuestiones epistemológicas. Sus razones son comúnmente aceptadas y valoradas, pero pareciera que no termina de persuadir. Así como el fundador del psicoanálisis comprobaba con estupor que sus maestros tenían por evidente la etiología sexual de las histerias pero no actuaban en consecuencia, el epistemólogo construccionista ve que sus asertos son progresivamente aceptados, pero que las disciplinas científicas no se hacen demasiado eco de ellos en los hechos. Y es que el construccionismo social ha ejercido su crítica precisamente ahí donde se articulan los conocimientos con la práctica –la *episteme* y la *techné* a la

que nos referíamos al comienzo de este artículo—, allí donde se enlazan las cuestiones éticas, políticas, sociales y culturales.

Efectivamente, el construccionismo es un metadiscurso que atraviesa a las ciencias como antes lo hiciera el positivismo (Gergen, 1997a; Ibáñez, 1993), y que pone en duda los supuestos básicos que informan la teoría y la práctica en la psicología —y en la psicología clínica, disciplina que aquí nos ocupa. Pasaré revista brevemente a las proposiciones construccionistas, para luego avanzar sobre las influencias de este metadiscurso en la psicología clínica.

En un reciente volumen, *An invitation to social construction*, Kenneth Gergen (2000b) menciona cuatro premisas de trabajo fundamentales del construccionismo social. La primera afirma que los términos con los cuales entendemos el mundo no surgen de —ni se corresponden con— lo que el mundo realmente es. Esto es, lenguaje y mundo son dos órdenes diferentes, y si se establece alguna correspondencia entre ellos es únicamente por un cierto tipo de convención. Si se asiente a este postulado, contrario a la noción de verdad como correspondencia, la realidad resulta no ser el último juez que dictamina si un enunciado es verdadero o no —como quiere el realismo. Señala Gergen que esta premisa se fundamenta en los análisis del lenguaje de Ludwig Wittgenstein (1953): el significado de las palabras no se deriva de los objetos que representan, sino de los *juegos de lenguaje* dentro de los cuales son proferidas. Este término —juego de lenguaje— alude al hecho de que utilizamos el lenguaje en el contexto de una actividad o forma de vida. El juego de tenis requiere tanto de raquetas, pelota y redes como de las palabras “game” y “set” (Gergen, 1997a). Y los términos proferidos en el marco de las tradiciones en psicología clínica —inconsciente, refuerzo o autorrealización— están más validados por la pertenencia a una determinada forma de vida que por la correspondencia con la realidad. Emitir un enunciado verdadero, desde esta perspectiva, no es trazar con exactitud un mapa de lo real, sino participar en un conjunto de convenciones sociales, una manera de expresarse sancionada en el contexto de una determinada forma de vida (Gergen, 2000a).

La segunda premisa del construccionismo, que se relaciona estrechamente con la anterior, asume que nuestros modos de describir, explicar y representar la realidad derivan de relaciones. En efecto, el lenguaje adquiere significación de acuerdo al contexto social en el que se desenvuelve. Los significados nacen de los procesos de coordinación —acuerdos, desacuer-

dos, negociaciones— entre personas. Lejos de reflejar estáticamente la realidad, el significado es parte de un proceso activo, dinámico y constante de interacción (Shotter, 1998). Desde este punto de vista, nada existe por sí, sino que las relaciones anteceden a las cosas (Gergen, 2000b) —o, en otras palabras, las construyen. Una de las consecuencias de esta premisa relativista es que el mismo referente empírico podrá ser representado de maneras diferentes pero igualmente válidas, de modo que la objetividad de una descripción queda reducida a un artificio retórico, en el sentido literal del término (Gergen, 1989). Una moneda será una configuración de átomos para la comunidad de físicos; para un economista será un valor de cambio; para un literato, será el Zahir. Ninguno de estos significados anula a los demás; su inteligibilidad depende de la pertenencia de las personas que participan en la interacción a una comunidad de habla.

La tercera premisa resulta de invertir las anteriores, y afirma que en la medida en que describimos, explicamos o representamos la realidad, así damos forma a nuestro futuro. En efecto, mientras que la primera premisa niega la correspondencia entre el mundo y el lenguaje y plantea un *non sequitur* del nexo que une un hecho empírico con un enunciado observacional; y la segunda afirma la supeditación del lenguaje sobre el mundo a los usos legitimados por distintas comunidades, la tercera premisa advierte que si existe algo denominado *mundo* es sólo una creación del lenguaje. En este punto el construccionismo se aproxima al umbral del solipismo berkeleyano: del *esse est percipi* al *esse est nomini* parece haber un solo paso. Así como para el obispo Berkeley existen solamente el yo y sus percepciones (el ser consiste en ser percibido), para el construccionista existen construcciones lingüísticas acerca de una hipotética realidad (el ser consiste en ser nombrado). Ello no equivale a afirmar que la realidad es de naturaleza lingüística, sino que la realidad cobra tangibilidad y solidez a través de convenciones y prácticas de naturaleza lingüística. En ambos casos, el mundo parece transformarse en una fantasmagoría. No hay objetos en la realidad, sino sólo lo que ponemos en ella a través de nuestras convenciones objetivizantes; la concepción de una realidad integrada por objetos independientes de nuestra manera de representarlos es un mito (Ibáñez, 1992). El objeto no genera nuestra representación de él, sino que resulta de las prácticas que se articulan para generarlo (Ibáñez, 1993, 1996). Ahora bien: suponer que el mundo está construido en

base a prácticas y convenciones de nuestro lenguaje autoriza a suponer la contraria: en la medida en que nuestras prácticas y convenciones se modifiquen, el mundo lo hará también. Las descripciones del mundo son en sí mismas una forma de acción social que posee consecuencias –el llamado efecto iluminativo de las teorías (Gergen, 1985, 1996a, 2000b; Ibáñez, 1989; Ibáñez & Iñiguez, 1996). Palabras como “crimen”, “testigo” y “ley” son esenciales para la continuidad de la práctica de la justicia; el mundo de la educación superior depende de un discurso integrado por términos como “estudiante”, “profesor” o “currícula”; desprovistos de estos lenguajes compartidos, estas instituciones podrían dejar de existir tal como ahora las conocemos (Gergen, 2000b). Es en este sentido que esta premisa afirma que nuestra manera de describir, explicar y representar da forma a nuestro futuro.

La cuarta y última premisa construccionista asevera que la reflexión sobre nuestras formas de comprensión es vital para nuestro futuro bienestar. Desasir al mundo de nuestra manera de representarlo, y asumir que la realidad se construye socialmente es incluir la dimensión axiológica en ciencia –postulado al que la concepción heredada en ciencia nunca se allanó (Ibáñez & Iñiguez, 1996). En efecto, el positivismo auspició un modelo de producción del conocimiento científico en el que los valores del investigador eran poco menos que un estorbo para la obtención de conocimiento objetivo (Gergen, 1997a; Spears, 1997). Pero, de acuerdo al construccionismo, no hay acceso objetivo a la realidad, ya que ésta es de factura social, y lo social incluye lo axiológico. Si nuestras relaciones sociales legitiman tradiciones, y estas últimas son generadoras de múltiples realidades, cabe prestar atención a los valores que fundamentan nuestras ideas, ya que éstas tienen un efecto directo sobre la realidad. La realidad no es unívoca: existen diferentes versiones de ella dictadas por diferentes tradiciones, de manera que la reflexividad es el único modo de asegurar que la psicología no devenga un dispositivo autoritario (Ibáñez, 1993), un discurso que se erija en única versión autorizada de la realidad. La psicología debiera ser como Penélope, que desteje durante el día lo que tejió por la noche; debiera deconstruirse de modo ininterrumpido para afirmarse en tanto discurso emancipatorio (Gergen, 1996a; Ibáñez, 1989). La reflexividad es, entonces, un aporte fundamental del metadiscurso construccionista, y aquello que consagra el optimismo de su mensaje. La desnaturalización de las asunciones *taken-for-granted* (aque-

llos supuestos que pasan por indubitables) y el cuestionamiento de la hegemonía de las grandes tradiciones o relatos patentiza la promesa liberadora del antiesencialismo del programa construccionista (Burr, 1998). Se invita así a explorar distintas concepciones de la realidad, a asumir la pluralidad y a contactar con quienes sostienen distintas –ni inferiores ni superiores– maneras de ver el mundo (Gergen, 1997a).

Y aquí podemos ver cómo el construccionismo articula los aportes del pragmatismo y el relativismo. En efecto, si la correspondencia objetiva entre las versiones de la realidad y la realidad es imposible de establecer, sólo resta armonizar las versiones de la realidad con los valores y fines de las comunidades que las sostienen. En otros términos, el criterio de validación de las versiones de la realidad es etnocéntrico, y las cuestiones importantes versan acerca de las características del ser humano que quisiéramos llegar a ser (Rorty, 1989, 1991). Respecto de las teorías científicas, el pragmatismo se pregunta: ¿En qué medida nuestras conjeturas se constituyen en herramientas para construir un mundo digno de ser vivido? Nuestras teorías científicas debieran, entonces, crear nuevas formas de inteligibilidad y participar de una preocupación política y estética acerca de la existencia humana (Ibáñez, 1996; Gergen, 1997b).

Por otro lado, resulta evidente que el construccionismo es tributario del relativismo filosófico. Al construccionista radical podría imputársele el apotegma gorgiano: nada existe; si existiera, sería incognoscible; si fuera cognoscible, sería incomunicable (Detienne, 1983). Claro está: al cortar el vínculo que une las palabras y las cosas, el hombre –o la comunidad de habla que sustenta una tradición– es la medida de todas las cosas; la polifonía dialógica sustituye al discurso de la autoridad (Potter, 1998). Y es a horcajadas del relativismo que el construccionismo ha sufrido las más intensas diatribas: se lo acusa tanto de ceguera ontológica como de amoralidad (Edwards, Ashmore & Potter, 1995).

Luego de este sucinto recorrido por los supuestos básicos del construccionismo, podemos volver sobre los rasgos modernos de las tradiciones en psicología clínica. Más arriba mencionamos como tales a la posibilidad de definir la naturaleza humana y al ejercicio de la psicoterapia como un planteamiento de versiones jerarquizadas sobre la realidad. Respecto de lo primero, queda claro que desde el punto de vista del construccionismo social no ha lugar a la aspiración de definir aquello que distin-

que o tipifica al hombre. Las tradiciones en psicología clínica no son conjuntos de enunciados que compiten por la representación más fiel de la realidad, sino maneras culturalmente ancladas de construir la mente o el psiquismo. Y como toda tradición, no pueden contrastarse con la realidad psicológica a la cual mentan sino con las aspiraciones de los colectivos que las sustentan. Las preguntas que podrían guiar nuestro análisis son: ¿Cuáles son los valores que orientan las postulaciones del hombre pasivo y meramente reactivo del empirismo? ¿A qué modelo de sociedad responden las teorías que afirman la maldad natural del hombre? ¿Qué formas de cultura se crean cuando se sostiene que la explotación, la infidelidad o la violencia sexual son conductas biológicamente determinadas en el individuo de sexo masculino? (Gergen, 2000a).

Respecto de lo segundo, parece indudable que para el construccionista no hay modo de establecer la superioridad de una versión de la realidad sobre otra. La psicoterapia tradicional, sustentada en el modelo médico, asume como natural la asimetría de la relación terapéutica y concibe al tratamiento como el ejercicio de una autoridad (Wyile & Pare, 2001). No se añade aquí nada nuevo a lo dicho por los antipsiquiatras (Cooper, 1971; Laing, 1987) o por Michel Foucault (1966). Es notoria, en este sentido, la filiación bélica de muchos términos utilizados en el campo de la psicoterapia: “abordaje”, “estrategia”, “defensa” y otros, cuyo sentido proviene de juegos de lenguaje ajenos a la psicología clínica. Desde el punto de vista construccionista, la psicoterapia es un encuentro en el que se construyen nuevos significados a través de la interacción colaborativa (Villegas, 1992). La visión tradicional de la relación terapéutica queda así impugnada; la metáfora de pelar la cebolla, de bucear en las profundidades del inconsciente para hallar la verdad oculta, o de modelar la conducta de un hombre pasivo, cede lugar a la metáfora conversacional, en la que el sentido de la narración del paciente es reconstruido en base a sus propias pautas, y la verdad surge del diálogo, en un proceso circular hermenéutico.

Quisiera, para continuar con la argumentación, presentar tres cuestiones relacionadas con la psicología clínica en las que el construccionismo ha motivado conceptualizaciones novedosas. En primer lugar, el rechazo construccionista a las pretensiones totalizantes de las tres tradiciones se verifica en su crítica al esencialismo de los constructos utilizados en psicología clínica. En segundo lugar, la objeción del construccionismo a la preeminencia de una ver-

sión del mundo por sobre las demás se evidencia en la textualización de la psicoterapia. Finalmente, la sensibilidad construccionista a los efectos de la producción de saberes y tecnologías sobre la sociedad se patentiza en su análisis de las implicancias axiológicas y políticas de la praxis psicoclínica.

### La Crítica al Esencialismo de los Constructos Psicológicos

Señala Gergen (1996b) que el esencialismo en psicología –aquella concepción que defiende que los individuos están dotados de procesos o mecanismos mentales– ha prestado desde sus inicios una gran utilidad al pensamiento occidental. Un conciso recorrido de las ideas principales de los grandes pensadores de la historia de la humanidad muestra el sitio de relevancia que ocupa la mente individual: Platón y su discusión del mundo de las ideas y el mundo de las apariencias sensibles; la exégesis aristotélica de las pasiones y las facultades; Descartes y su elucidación del *cogito*, que confiere a la mente el privilegio de ser el asiento de la razón; la mente como el lugar en el que las ideas se inscriben y se combinan, en el empirismo de John Locke. Los ejemplos podrían multiplicarse. La idea de la mente individual, asociada a la noción de *self*, como una suerte de lugar nuclear dentro del cual ocurren eventos o existen cosas, ha otorgado una gran fuerza legitimadora a la vida social y a las instituciones occidentales. ¿Cómo pensar a la justicia sin la noción de responsabilidad individual; a la religión sin la idea de libre albedrío; a la educación sin el concepto de memoria o motivación? El concepto de la propia identidad ocupa un lugar central en nuestra cultura; en palabras de Jerome Bruner (1995), el *self* es el centro de gravedad de todos los sistemas de creación de significados; es un punto de origen en el espacio intersubjetivo; es un protagonista invariable en los relatos acerca del mundo; es el beneficiario y la víctima de normas y reglas. Sin embargo, el construccionismo social ha objetado una cierta tendencia reificadora en psicología clínica, que conduce a asumir que la mente individual es un receptáculo de entidades cuya existencia es más o menos comprobable (Potter, 1998). Esta tendencia es notoria en el marco de teorías que conceptualizan en términos de entidades intrapsíquicas: yo, superyo, imago paterna, etcétera. No deja de ser sugestiva la advertencia de Hanna Segal (1965), quien en un clásico introductorio a la obra de Melanie Klein recalca,



haciendo referencia a las distintas imagos, que el inconsciente no contiene “hombrecitos” (p. 19). El construccionista entiende que estas supuestas entidades intrapsíquicas, lejos de tener existencia concreta, sólo son momentos en el decurso de un intercambio verbal. No poseen continuidad temporal, sino que surgen en contextos conversacionales específicos. Para Potter y Wetherell (1987), por ejemplo, las actitudes no residen dentro de los cerebros de los individuos; asumir una actitud es tomar una posición en el desarrollo de un diálogo. Según Michael Billig (1987), hay escasa justificación para el estudio de los procesos racionales manifestados en el lenguaje y su relación con el cerebro, ya que hablar racionalmente consiste en participar en formas socialmente aceptadas de retórica. En opinión de Gergen (1996a), las emociones no reflejan o exteriorizan un hipotético estado interno, sino que su función es básicamente la de dar forma a un vínculo interpersonal: son esencialmente performativas. En esta perspectiva, lo que denominamos *self* refleja el modo en que el individuo es construido en las relaciones que mantiene; experimentar una emoción es posicionarse adecuadamente en un escenario culturalmente constituido; y poseer memoria es tomar parte de un proceso de negociación y sanción colectiva de significados (Gergen, 2000a). Memoria, emoción, creencia, actitud: todas ellas son construcciones contingentes de la cultura (Gergen, 1994).

### La Textualización de la Terapia

Puede decirse que la concepción construccionista de la psicoterapia se fundamenta en el supuesto –debido, entre otros, a Jerome Bruner (1990)– de que el significado es el concepto central de la psicología. En un artículo que estudia la influencia que el posmodernismo ha ejercido en el campo de la psicología clínica y la crítica literaria, Wyile y Pare (2001) plantean que la psicoterapia es un encuentro *cross-cultural*, en el que prima la dimensión constructiva del significado por sobre la correctiva. Ahora bien: el significado se materializa en narrativas. Expresado de manera sencilla, una narrativa es un relato (Rappaport, 1995). Los relatos son descripciones de eventos en el tiempo, cuya principal función es proporcionar sentido e inteligibilidad a la propia existencia (Villegas, 1992). Podemos, con todo, introducir la diferencia comentada por Rappaport (2000) entre la narrativa –*narrative*– situada en el nivel de lo colectivo; y la narrativa –*story*– estrictamente individual. No sólo construimos signifi-

cados en base a narrativas individuales: la cultura aporta sus propias narrativas, materializadas en textos, símbolos, mitos y demás producciones (Gonçalves, 1992). El trabajo terapéutico, desde este punto de vista, no reside en la cacería de una verdad preformada que yace en las profundidades del inconsciente, ni en la implementación de un programa de refuerzos. La terapia construccionista busca, por medio del diálogo colaborativo, neutralizar el efecto de las narrativas culturales opresivas o dominantes y lograr que el paciente reconstruya su identidad de acuerdo a lineamientos genuinamente propios. En la intersección de las narrativas individuales y culturales, la terapia construccionista intenta transformar las narrativas regresivas en progresivas (Gergen, 1998); los relatos de terror en relatos de diversión (Rappaport, 2000); los contextos conversacionales de supervivencia en contextos conversacionales lúdicos (Fuks, 1995, 1997, 1998, 1999). La textualización de la psicoterapia implica además una reformulación del rol del terapeuta, que cobra un perfil más simétrico y colaborativo –al respecto, véase la distinción que realiza Villegas (1992) entre atención flotante y atención ignorante–; también presupone un fuerte cuestionamiento de las categorías y procedimientos diagnósticos al uso.

### Las Implicancias Axiológicas y Políticas de la Práctica Psicológica

Para el psicólogo clínico construccionista, el discurso de la profesión es en sí mismo constitutivo de la vida cultural. La psicología clínica misma puede intervenir en la creación de nuevas formas de la sociedad y la cultura –de hecho lo hace–, y por eso es necesario que cultive su reflexividad respecto de sus producciones: ¿qué se privilegia y qué se relega en los modos en que la disciplina configura discursivamente el mundo? ¿Quién gana y quién pierde, qué políticas o instituciones son favorecidas y cuáles son perjudicadas? Si nuestras conceptualizaciones pueden favorecer ciertos modos de vida en detrimento de otros, es necesario entonces que construyamos un programa de reflexión ética y política (Gergen, 2000a). Sin embargo, se ha criticado al construccionismo su incapacidad para suministrar criterios valorativos con los cuales optar por diferentes cursos de acción o políticas, y esta circunstancia ha sido atribuida a su sesgo relativista y antirrealista (Willig, 1998). En otras palabras, el análisis de las implicancias axiológicas y políticas de la psicología clínica construccionista debe realizarse sobre el fondo del

debate epistemológico realismo-relativismo. Históricamente, el realismo ha estado ligado a ciertos supuestos modernos (Spears, 1997), en especial aquel que señala la relación existente entre ciencia y emancipación, o conocimiento y progreso de las sociedades. En efecto: desde el punto de vista de la modernidad, la ciencia era vista como la herramienta que permitiría –a través de la investigación, la crítica y la búsqueda de la verdad objetiva– avanzar hacia un modelo de sociedad posible y deseable (Follari, 1990). En el *ethos* moderno, razón y emancipación quedan ligadas (Blanco, 1996), y aseguran tanto la elección del sistema de valores correcto como el curso de acción más adecuado. En esta actitud epistemológica, es justamente la capacidad de abrirse paso a través de la maraña de apariencias la que hace que la ciencia devenga emancipatoria. Para el realista, el descubrimiento de la verdad objetiva y la toma de partido por ella configuran los atributos esenciales de su posición epistemológica y ética (Brown & Pujol with Curt, 1998; Collier, 1998). Es posible, para él, proponer que existen sistemas de valores más racionales que otros, y optar en consecuencia (Putnam, 1984 en Ibáñez & Iñiguez, 1996). Por ello, se considera que el realismo –en tanto postura gnoseológica– es una guía para la práctica política orientada por valores: el discurso factual, objetivo, conduce a conclusiones prácticas, políticas (Collier, 1989). Por el otro lado, el relativismo advierte –frente al relato “objetivo” de la realidad– acerca de la existencia de versiones alternativas de la misma. En extremo sensible a las íntimas relaciones entre poder, conocimiento y verdad –vastamente analizadas en el legado foucaultiano (Foucault, 1976, 1977, 1978)– el relativista coloca en un pie de igualdad a las distintas versiones de la realidad social y descarta de plano la posibilidad de un discurso intrínsecamente liberador, como lo quería la modernidad (Ibáñez, 1996; Montero, 1998). Como lo expresan Edwards, Ashmore y Potter (1995), el relativismo es potencialmente liberador y peligroso: nada tiene por qué ser considerado obvio, objetivo, verdadero; la realidad no es más que la realidad tal como es conocida –y, por más antiintuitivo que parezca, no precede a la investigación sino que es producida por ella. Y el mensaje optimista del relativismo resulta evidente: si asumimos que los hechos sociales son construcciones –y no cosas, como defendía Emilio Durkheim (1976)– es posible, al menos en principio, re-construirlos, modificar su forma y contenido de acuerdo a los deseos y las necesidades de las comunidades, como ya hemos señalado más arriba. En

otras palabras: la promesa del relativismo radica en su exaltación lúdica de la sorpresa, la esperanza, el cambio y la transformación; en el rechazo de las metodologías intervencionistas y el acento en los procesos co-constructivos. Y del anhelo relativista de prestar oídos a todas las voces proviene su énfasis en las narrativas, la retórica, lo conversacional, la negociación de significados, ya que en la práctica diaria el psicólogo clínico debe enfrentarse a las múltiples verdades que se despliegan en los relatos. La celebración de la diferencia y la subjetividad propias del relativista motivan su respeto por la diversidad de perspectivas. Y si del realista puede decirse que nutre sus convicciones acerca de la realidad social en la verdad objetiva, y ajusta su sistema de valores y acciones respecto de ella, del relativista puede afirmarse que se emparenta con el sofista, ya que formula en el plano racional una lógica de la ambigüedad (Detienne, 1983).

## Conclusiones

He intentado, a lo largo de este trabajo, analizar algunas postulaciones de la psicología clínica desde uno de los metadisursos más destacados de la posmodernidad: el construccionismo social. Comencé el artículo con una breve descripción del legado de las tres tradiciones de la psicología clínica de la modernidad, y sus dos supuestos principales –la tentativa de definir la naturaleza humana y la jerarquización de las versiones del mundo en psicoterapia–, para pasar luego a revistar las premisas básicas del construccionismo: separación del lenguaje y el mundo; origen relacional de los conceptos; función generativa de las teorías, y reflexividad de las disciplinas científicas. A continuación, presenté aquellos puntos que, a mi juicio, configuran el más sólido aporte conceptual del construccionismo a la psicología clínica: la crítica al esencialismo, la textualización de la terapia, y la atención a las implicancias axiológicas y políticas de la práctica en psicología clínica.

Finalmente, quisiera aportar una apreciación personal acerca del camino por el cual es esperable que transite la psicología clínica –en especial en el contexto argentino–, teniendo en cuenta el estado de la cuestión detallado en las páginas que anteceden. Haré, sin embargo, una salvedad de tipo histórico. Resulta evidente que la psicología en Estados Unidos tuvo una historia harto diferente a la experimentada por la psicología argentina. En especial, la psicología aca-

démica norteamericana tuvo en sus inicios una fuerte etapa de tinte empirista (Vilanova, 1995b), para luego atravesar una reacción en la que se procuró recuperar a la mente como objeto de estudio, después de un “largo invierno objetivista” (Bruner, 1990, p. 1). Es así que las postulaciones construccionistas, generadas en su mayor parte en ese país, son asumidas de una manera distinta a como lo son en estas latitudes. En la psicología argentina, en la que no puede hablarse de una reacción antiobjetivista –debido a que no existió una etapa empirista u objetivista ante la cual reaccionar (Vilanova, en prensa)– las innovaciones construccionistas corren el riesgo de ser abordadas desde una tradición que incentiva el dogmatismo palabrero, la monoexplicación y el relegamiento de la investigación (Vilanova, 1997). Sin embargo, es necesario destacar que la investigación empírica no es de ningún modo incompatible con el construccionismo (Gergen, 1997c), y que ni siquiera Wilhelm Dilthey –padre de la psicología comprensiva y abuelo, podría decirse, del construccionismo social– se oponía al uso del método experimental en psicología (Vilanova, 1993). Hecha esta salvedad, pasaré a las conclusiones.

En primer lugar, es probable que en el mediano plazo se asista a una *socialización* progresiva de la psicología clínica, originada inicialmente en el plano conceptual. Esta socialización no implicará el abandono del modelo individual de prestación asistencial, pero sí traerá aparejada una progresiva fusión entre los marcos teóricos de las psicologías del individuo y las psicologías del colectivo. Un buen ejemplo es la noción de *empowerment*, oriunda de la psicología comunitaria (Rappaport, 1977) y que actualmente integra el acervo conceptual del enfoque narrativo en psicoterapia (Rappaport, 1995, 2001; Wylie & Pare, 2001). El concepto de *empowerment* articula significativamente las dimensiones individual y comunitaria, y es eficaz en una y otra. Es de esperar que, en la medida en que proliferen las conceptualizaciones en el enfoque narrativo, surjan más puntos de contacto entre dos aplicaciones de la psicología que aún hoy, en el ambiente de la psicología clínica argentina, son percibidas como contradictorias. Por otro lado, es esperable que la socialización de la psicología clínica se materialice también en la asimilación gradual de aportes conceptuales provenientes de otros campos disciplinares. En este sentido, nociones originarias de la antropología o de la crítica literaria tendrán cada vez más importancia en el quehacer asistencial.

En relación con lo anterior, también puede esperarse una profundización de la desmedicalización de la práctica psicoclínica, y, con ello, la adopción de un rol profesional cada vez más colaborativo y simétrico. Las críticas al rol medicalizado del psicólogo son de vieja data, pero siempre se han limitado al plano declamativo. Actualmente, existen indicadores de un cambio real. Las repetidas críticas al rol asistencial basado en el modelo médico; la virtual regresión del programa de investigación psicoanalítico; la emergencia de un estudiantado crítico y apremiado laboralmente, y el aumento exponencial de los intercambios con las comunidades académicas mundiales gracias a los adelantos tecnológicos, son factores que colaborarán en la extinción de lo que Roberto Harari (1977) denominó la “autodenigración especular del psicólogo” (p. 35).

Finalmente, y respecto de la investigación en psicoterapia desde una perspectiva construccionista, es esperable que los estudios de eficacia, eficiencia y efectividad contemplen cada vez más la inclusión de parámetros *emic* –es decir, incorporen la perspectiva del paciente y de su cultura en la creación de categorías de análisis y variables–, y releen críticamente el alcance y la validez de los estudios empíricos en psicología clínica.

## Referencias

- Allport, G. (1984). *¿Qué es la personalidad?* Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Billig, M. (1987). *Arguing and thinking*. Londres: Cambridge University Press.
- Blanco, A. (1996). La psicología social aplicada: Algunos matices sobre su desarrollo histórico. En T. Alvaro, M. Garrido & J. Torregrosa (Eds.), *Psicología social aplicada* (pp. 15-43). Madrid: MacGraw-Hill.
- Brown, S. & Pujol, J. with Curt, B. (1998). As one in a web? Discourse, materiality and the place of ethics. En I. Parker (Ed.), *Social constructionism, discourse and realism* (pp. 75-91). Londres: Sage.
- Bruner, J. (1990). *Acts of meaning*. Cambridge: Harvard University Press.
- Bruner, J. (1995). Meaning and self in a cultural perspective. En D. Bakhurst & C. Sypnowich (Eds.), *The social self* (pp. 23-47). Londres: Sage.
- Bunge, M. (1999). *Las ciencias sociales en discusión*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Burr, V. (1998). Realism, relativism, social constructionism and discourse. En I. Parker (Ed.), *Social constructionism, discourse and realism* (pp. 13-25). Londres: Sage.
- Collier, A. (1998). Language, practice and realism. En I. Parker (Ed.), *Social constructionism, discourse and realism* (pp. 47-59). Londres: Sage.
- Cooper, D. (1971). *Psiquiatría y antipsiquiatría*. Buenos Aires: Paidós.

- Detienne, M. (1983). *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*. Madrid: Taurus.
- Durkheim, E. (1976). *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Schapire.
- Edwards, D., Ashmore, M. & Potter, J. (1995). Death and furniture: The rethoric, politics and theology of bottom line arguments against relativism. *History of the Human Sciences*, 8, 25-49.
- Follari, R. (1990). *Modernidad y posmodernidad: Una óptica desde América Latina*. Buenos Aires: Aique.
- Foster, D. (1998). Across the S-S divide. En I. Parker (Ed.), *Social constructionism, discourse and realism* (pp. 107-119). Londres: Sage.
- Foucault, M. (1966). *El nacimiento de la clínica*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1977). *La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1978). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Fuks, S. (1995). Dialogische Kontexte in der Gemeindefarbe. *Journal für Psychologie*, 1, 45-53.
- Fuks, S. (1997). *De contextos de supervivencia a contextos lúdicos*. Manuscrito no publicado.
- Fuks, S. (1998). Transformando las conversaciones acerca de las transformaciones. *Psyche*, 7, 3-11.
- Fuks, S. (1999). Editorial. *Psyche*, 8, 3-6.
- Gadamer, H. (1991). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Gergen, K. (1985). The social constructionist movement in modern psychology. *American Psychologist*, 40, 266-275.
- Gergen, K. (1989). La psicología postmoderna y la retórica de la realidad. En T. Ibáñez (Coord.), *El conocimiento de la realidad social* (pp. 157-185). Barcelona: Sendai.
- Gergen, K. (1991). *The saturated self*. New York: Basic Books.
- Gergen, K. (1994). *Realities and relationships: Soundings in social construction*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gergen, K. (1996a). Social psychology as social construction: The emerging vision. En C. Mc Garty & A. Haslam (Eds.), *The message of social psychology: Perspectives on mind in society* (pp. 124-151). Oxford: Blackwell.
- Gergen, K. (1996b). Technology and the self: From the essential to the sublime. En R. Grodin & P. Lindlof (Eds.), *Constructing the self in a mediated world* (pp. 34-78). Londres: Sage.
- Gergen, K. (1997a). Toward a cultural constructionist psychology. *Theory and Psychology*, 7, 31-36.
- Gergen, K. (1997b). The place of the psyche in a constructed world. *Theory and Psychology*, 7, 724-745.
- Gergen, K. (1997c). Who speaks and who replies in human science scholarship? *History of the Human Sciences*, 10, 151-173.
- Gergen, K. (1998). Constructionism and realism: How are we to go on? En I. Parker (Ed.), *Social constructionism, discourse and realism* (pp. 147-157). Londres: Sage.
- Gergen, K. (2000a, Julio). *Psychological science in a postmodern context*. Invited Address at the International Congress of Psychology. Estocolmo, Suecia.
- Gergen, K. (2000b). *An invitation to social construction*. Londres: Sage.
- Gonçalves, O. (1992). Narrativas del inconsciente. Las terapias cognitivas: Regreso al futuro. *Revista de Psicoterapia*, 3, 29-49.
- Harari, R. (1977). *Textura y abordaje del inconsciente*. Buenos Aires: Trieb.
- Ibáñez, T. (1989). La psicología social como dispositivo deconstruccionista. En T. Ibáñez (Coord.), *El conocimiento de la realidad social* (pp. 109-135). Barcelona: Sendai.
- Ibáñez, T. (1992). ¿Cómo se puede no ser constructivista hoy en día? *Revista de Psicoterapia*, 3, 17-29.
- Ibáñez, T. (1993). Construcciónismo y psicología. *Revista Interamericana de Psicología*, 28, 105-123.
- Ibáñez, T. (1996). *Fluctuaciones conceptuales*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Ibáñez, T. & Iñiguez, L. (1996). Aspectos metodológicos de la psicología social aplicada. En T. Alvaro, M. Garrido & J. Torregrosa (Eds.), *Psicología social aplicada* (pp. 78-96). Madrid: MacGraw-Hill.
- Laing, R. (1987). *Razón, demencia y locura*. Barcelona: Crítica.
- Laing, R. & Esterson, A. (1970). *Sanity, madness and the family*. Harmondsworth: Penguin.
- Maslow, A. (1987). *El hombre autorrealizado*. Barcelona: Kairós.
- Mertens, R. (1998). What is to be done? (With apologies to Lenin!). En I. Parker (Ed.), *Constructionism, discourse and realism* (pp. 59-75). Londres: Sage.
- Montero, M. (1998). The perverse and pervasive character of reality: Some comments on the effects of monism and dualism. En I. Parker (Ed.), *Constructionism, discourse and realism* (pp. 119-133). Londres: Sage.
- Potter, J. (1998). Fragments in the realization of relativism. En I. Parker (Ed.), *Social constructionism, discourse and realism* (pp. 27-47). Londres: Sage.
- Potter, J. & Wetherell, M. (1987). *Discourse and social psychology: Beyond attitudes and behavior*. Londres: Sage.
- Pozo Muncio, J. (1994). *Teorías cognitivas del aprendizaje*. Madrid: Morata.
- Putnam, H. (1984). *Raison, vérité, histoire*. París: Du Minuit.
- Rappaport, J. (1977). *Community psychology: Values, research and action*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Rappaport, J. (1995). Empowerment meets narrative: Listening to stories and creating settings. *American Journal of Community Psychology*, 23, 795-812.
- Rappaport, J. (2000). Community narratives: Tales of terror and joy. *American Journal of Community Psychology*, 28, 1-24.
- Reicher, S. (1997). Laying the ground for a common critical psychology. En T. Ibáñez & L. Iñiguez (Eds.), *Critical social psychology* (pp. 83-95). Londres: Sage.
- Rorty, R. (1989). *Contingency, irony and solidarity*. New York: Cambridge University Press.
- Rorty, R. (1991). *Objectivity, relativism and truth*. New York: Cambridge University Press.
- Sábato, E. (1996). *Obra completa*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Segal, H. (1965). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Shotton, J. (1998). Toward a third revolution in psychology: From inner mental representations to dialogical social practices. En D. Bakhurst & S. Skaner (Eds.), *Culture, language, self: The philosophical psychology of Jerome Bruner* (pp. 17-34). Londres: Sage.
- Skinner, F. (1982). *Walden II*. Barcelona: Fontanella.
- Spears, R. (1997). Introduction. En T. Ibáñez & L. Iñiguez (Eds.), *Critical social psychology* (pp. 1-27). Londres: Sage.
- Todd, N. & Wade, A. (1994). Domination, deficiency, and psychotherapy. *The Calgary Participant*, 1, 37-46.
- Vilanova, A. (1990). Historia de la psicología clínica. *Boletín Argentino de Psicología*, 3, 7-19.
- Vilanova, A. (1993). *Contribuciones a la psicología clínica. Algunos aportes teóricos de psicólogos notables*. Buenos Aires: ADIP.

- Vilanova, A. (1994). Recusación de lo inefable. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 40, 78-79.
- Vilanova, A. (1995a). Problemas fundamentales. En G. Vidal, R. Alarcón & F. Lolas Stepke (Eds.), *Enciclopedia iberoamericana de psiquiatría* (pp.1313-1319). Buenos Aires: Panamericana.
- Vilanova, A. (1995b). El dilema olvidado de la psicología latinoamericana. *Cuadernos Argentinos de Historia de la Psicología*, 1, 83-99.
- Vilanova, A. (1995c). Historia de la psicología clínica. En G. Vidal, R. Alarcón & F. Lolas Stepke (Eds.), *Enciclopedia iberoamericana de psiquiatría* (pp.736-746). Buenos Aires: Panamericana.
- Vilanova, A. (1997). Las deudas de la psicología del Cono Sur. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 43, 103-111.
- Vilanova, A. (en prensa). La retórica posmoderna en Iberoamérica. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*.
- Villegas, M. (1992). Hermenéutica y constructivismo en psicoterapia. *Revista de Psicoterapia*, 3, 5-17.
- Watson, J. (1972). *El conductismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Willig, C. (1998). Social constructionism and revolutionary socialism: A contradiction in terms? En I. Parker (Ed.), *Social constructionism, discourse and realism* (pp. 91-105). Londres: Sage.
- Wittgenstein, L. (1953). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.
- Wyile, H. & Pare, D. (2001). Whose story is it, anyway? An interdisciplinary approach to post-modernism, narrative, and therapy. *Journal for the Interdisciplinary Study of Literature*, 34, 153-172.